

Las Colonias de la Universidad de Oviedo y los niños evacuados durante la guerra civil

23 de septiembre de 1937. De Salinas a Moscú.

Acto conmemorativo organizado por la Junta de Colonias Escolares de la Universidad de Oviedo y niños evacuados durante guerra civil.

Las Colonias de la Universidad de Oviedo, una plataforma centenaria.

Las Colonias fueron pioneras del movimiento higienista para los escolares. Promovidas por la Universidad de Oviedo, actuaron para Asturias y León desde 1894 hasta 1985. Hoy, la Junta de Colonias está empeñada en recuperarlas. A eso contribuye un acto como éste, que trae un recuerdo lejano y extraordinario; que se añade a otros destacados en su centenaria vida. Todos las modelaron.

Para ofrecer una formación complementaria a los niños asturianos y leoneses.

Las Colonias nacieron hace 125 años, en el de una olvidada guerra, llamada de Melilla. Cruzaron un siglo convulsionado por una historia despiadada, cuyos desatinos afectaron a todos los españoles. Aún en el tiempo más hostil se mantuvieron a flote y cumplieron su función. Lo demuestra la conmemoración de hoy, que surgió cuando recibimos una llamada de D. Francisco Lago Cuesta preguntándonos si podríamos hablar con dos amigos suyos: D^a Tatiana Velázquez Stavinova y D. Luis Fernández Préstamo, que, interesados por la aventura de los niños evacuados de la guerra a la URSS, han encontrado evidencias del destacado papel jugado en esta operación por Las Colonias y por su director D. Pablo Miaja Fernández. Lo que ya sospechábamos, por lo que nos interesó la propuesta, que agradecemos, pues descubrimos una faceta de la humanidad doliente que, como asturianos y españoles, nos emociona, y una personalidad, como Tatiana V. Stavinova, edificada con los materiales más duros de la historia reciente europea que, sin embargo, han dado en ella un carácter extraordinario, por sensible y tenazmente dulce. Con ellos empezamos a gestar este aniversario.

Las Colonias hicieron 100 campañas de verano. Parecía que solo habían parado durante el año de la guerra civil en Asturias; de tal manera que, en 2019, cuando las recuperamos, numeramos la campaña como la 101. Todas

ellas fueron ordinarias: pero lo que ocurrió en la de 1937 fue totalmente extraordinario, y es lo que vamos a recordar a partir del interés y la experiencia personal de D^a Tatiana Velázquez Stavinova, D. Luis Fernández Préstamo, D. Francisco Lago y D. Pablo Fernández- Miranda, que hoy nos acompañan, y de otros protagonistas presentes en conversaciones, como D. Armando Valdés Ordieres, nonagenario entrañable, y en libros, documentos y fotos. Con ellos enhebramos el relato con el que ampliamos la exposición del 125 aniversario de la fundación de la Junta de Colonias de la Universidad de Oviedo y componemos una crónica esquemática de la extraordinaria campaña de las Colonias Escolares que transcurrió entre el 1 de julio de 1936 a tal día como hoy de 1937, y que las llevó de Salinas a Moscú.

A Salinas venían niños y niñas de Asturias y León. Aquí encontraban amigos y una experiencia hecha en una escuela diferente, al lado de la mar. En 1935 Las Colonias Leonesas se separaron... Pero solo un poco. Pues la hermandad de origen y los años compartidos hicieron que cuando en ese año las leonesas abrieran su residencia, a las afueras de la ciudad de León, con quienes primero la compartieran fuera con niños de las cuencas mineras asturianas, que sufrían las consecuencias del sangriento otoño anterior. Pero Las Colonias no pararon. Ese año y al siguiente, el del 36. Como siempre, abrieron el 1 de julio, con la previsión de acabar en septiembre. Comenzaron las niñas, que alternaban con los niños. La guerra estalló durante el segundo turno y atrapó en Salinas a los niños, de 11 a 13 años, aproximadamente. Cuando acabó su estancia de tres semanas casi todos regresaron a sus casas.

Y para algunos comenzó la larga campaña del 36, que les iba a llevar muy lejos.

En Las Colonias quedaron los de Oviedo. El 17 de julio una expedición patrocinada por el Ayuntamiento, de unos 40 chicos, había salido en autobús desde Oviedo hacia Salinas, para incorporarse a Las Colonias y compartir 21 días de verano al lado de la mar con compañeros procedentes de otros lugares de Asturias. Por lo que hemos visto había en ella de todas las clases. Ese mismo día estalló la guerra, y ya sufrieron las consecuencias, pues el autobús que los llevaba a Salinas fue parado por la Guardia Civil en Lugones para hacerles volver; sin embargo, la conversación con el jefe de la expedición, D. Pablo Miaja, permitió continuar el camino, que para algunos no tuvo vuelta hasta pasados 20 años, pues el levantamiento del coronel Aranda y el cerco de Oviedo imposibilitó el regreso a sus domicilios.

La residencia fue su casa durante un año largo. En ella dormían y comían, y asistían a clase (Valdés Ordieres y Fernández Miranda); éste último describe el tendejón veraniego que con unas tablas cerraron lateralmente como aulario para aguantar en el invierno, y en el que los maestros impartían las clases a los alumnos, sentados en mesas y bancos corridos. Permanecían bajo el cuidado de quien era su director desde 1927, el maestro ovetense D. Pablo Miaja Fernández, y de su equipo de maestros, D. Manuel y D. Vicente, dice Fernández Miranda, y de los educadores, a los que en el verano del 37 se incorporó J. M Arregui. También estaba D^a Enriqueta, la esposa de D. Pablo, que hacía de gobernanta e iba a hacer de madre, las cocineras, las limpiadoras y el jardinero.

Durante el angustioso año muchos niños se fueron, reclamados por sus familias. Para los que quedaron, la vida en Las Colonias no fue fácil, como cuenta Pablo Fernández Miranda en su libro *Pisaré sus calles nuevamente*. En él difunde los recuerdos de su padre, Celestino, a quien le “parecía que el mar entraba en los fríos dormitorios para humedecer las sábanas”. Él nos habla de cómo se abrigaban y alimentaban, con el complemento que obtenían en la huerta labrada en el pinar, que cultivaban con esmero y mucho abono, que fabricaban ellos mismos a partir de las boñigas recogidas de los prados cercanos y convertidas en *cucho*, amasándolo con tierra en latas. Igualmente recibían alimentos de los vecinos de Salinas, por ejemplo, las sardinas que les traían los pescadores.

Al comienzo del verano del 37 en Las Colonias ya solo quedaban ocho o diez niños. Uno de ellos era Armando Valdés Ordieres, el tercero de ocho hermanos, cuatro niños y cuatro niñas, la penúltima, es Juanita, de memoria despierta y afable talante, quien completa la fatigada memoria de 95 años de vida de D. Armando.

“al más ruin, Mandi, mi madre lo apuntó a Las Colonias, para que aprendiese a comer bien. Vivíamos en La Argañosa y quedamos con los nacionales. Como Salinas estaba en zona roja no nos podíamos comunicar con él. A otros primos que vivían en el centro los evacuaron a Gijón. Me acuerdo cuando entraron los moros, con la columna gallega. Mi padre había hecho un refugio en una carpintería que tenía con un vecino, con tablas y colchones por encima y allí nos metíamos cuando bombardeaban. Pero como decían que los moros entraban en los pisos y los saqueaban, mi madre, mi tía y mi hermana mayor, que tenía 18 años, fueron a proteger el nuestro. Mi padre y los pequeños nos quedamos en el refugio y ellas fueron a casa.

Subieron los moros y mi madre les dijo «que somos todas mujeres» y ellos «mejor, mejor», entonces mi hermana salió al balcón, que daba a la comandancia, y pidió auxilio, pronto llegaron unos mandos y sacaron a los moros. La gente les tenía mucho miedo. El padre de Araceli que tenía cinco hijas las mandó para Rusia porque «van a entrar los moros» decía.

Sin embargo, D. Armando, cuenta que él fue a Las Colonias por buen estudiante, pues iba a la escuela de la calle Fray Ceferino en Oviedo, cuyo director era D. Pablo Miaja, quien por el verano dirigía Las Colonias, a la que iban los “alumnos más aplicados”. Cuenta que no pasaban hambre, tenían un comedor con mesas de seis, y cuando le iban a visitar sus tíos y primos, los que habían marchado de Buenavista a Gijón, recogía trozos de pan del comedor para que los llevaran. Al principio del otoño les proporcionaron ropa de invierno, también la gente les traía ropa de abrigo. Dormían en los dos pabellones, habilitados como dormitorios corridos “con camas individuales y muy limpias, y al fondo estaban los lavabos y aseos”. Durante un tiempo con mucho espacio, luego con menos, cuando Las Colonias, sin que les diese tiempo a perder su nombre, actuaron con centro de acogida, integrado en la red de orfanatos preparada con premura al efecto de la gran evacuación. Quizás entonces y para acoger a más niños fueran instaladas literas, que cita Fernández Miranda, con lo que la capacidad debió aumentar durante el verano del 37, en el que llegaron niños como los hermanos Lago, huérfanos de padre, desde el 34. Los aseos, sin ducha, estaban al final de los dormitorios, que en sus inicios conectaban con el cuerpo central, donde estaban las cocinas, el comedor, y los dormitorios del director y maestros, además de las dependencias del personal de servicio. Para D. Armando, D. Pablo y D^a Enriqueta siempre estuvieron al cargo y pendientes de ellos. Los despertaba D^a Enriqueta, que hacía también de cocinera, y que “era la que organizaba todo”, desayunaban, y generalmente salían a la playa, donde con buen tiempo hacían gran parte del día, ya fuera con las tablas gimnásticas habituales con tal tiempo, o jugando en la arena y bañándose. Los maestros les daban clases en el cobertizo de Las Colonias y después de almorzar hacían la siesta, en la que más que dormir se procuraba silencio; hacían excursiones guiadas por los maestros, en las que llevaban un cuaderno para tomar notas. El ambiente era relajado y todos conservan un feliz recuerdo de D. Pablo y D^a Enriqueta, y de su equipo. La necesidad de atender al creciente número de niños desamparados en Asturias, hizo que se creara una red de centros de acogida de los mismos, a

los que se llamó orfanatos, y que una vez constituido, el Consejo Soberano de Asturias y León, decidiera, a partir del 24 de agosto del 37, organizar y sostener una colonia de niños asturianos que habían de ser conducidos a tierras de Rusia, desde la serie centros de acogida/ orfanatos, que no solo acogían a huérfanos sino a niños y niñas de muchas condiciones. El más relevante de ello por experiencia, profesionalidad, organización y prestigio, fue Las Colonias, donde su director, D. Pablo, fue más allá de su deber, acompañando, junto con su mujer, a sus niños de Las Colonias hasta Moscú, haciéndose cargo, además, de la crecida expedición hasta Moscú.

El mundo no había conocido un desplazamiento tan masivo de niños como el que ocurrió en España.

Una de las consecuencias de la guerra civil fue el excepcional desplazamiento de niños fuera de España. Se calcula que en dos años salieron 34.000, de edades comprendidas entre los cinco y los 15 años. Su destino fue Francia, Bélgica, Inglaterra, Dinamarca, la URSS, Suiza y Méjico. De la evacuación se encargó el Ministerio de Instrucción Pública, que conocía la relación entre educación-cultura y sanidad, a través del movimiento de Colonias Escolares, proveniente del siglo XIX.

El MIP creó la Delegación Central de Colonias, sobre la base de la Dirección General de Colonias, Cantinas y Roperos Escolares, para la que, en 1935, pocos meses antes de su muerte, había nombrado director a D. Aniceto Sela Sampil, promotor de las Colonias Escolares de la Universidad de Oviedo.

La guerra civil estragó el país. Para atenuarlo, y también para propagar la causa republicana, el MIP organizó junto con la *Alianza de Intelectuales y Altavoz del Frente* una campaña que hiciera resonar en los países europeos el problema de los niños españoles en el territorio de la República.

El gobierno y las regiones autónomas junto con organizaciones como la Cruz Roja, el Socorro Rojo Internacional y otras, se ocuparon de la evacuación. Para organizar la distribución de los niños por los países de acogida se creó en París, en agosto de 1937, el Consejo Nacional de la Infancia Evacuada.

Francia fue el país que más niños acogió, unos 9000, que incluso llegaron a Méjico (500). Todos iban acompañados de educadores, elegidos mediante concurso de méritos, al que había que aportar avalués, político y sindical, y un informe del director del centro o del inspector jefe; deberían tener una edad superior a 45 años, o ser inválidos de guerra, o excombatientes del ejército popular. Para la salida de los niños se exigía su completa filiación y el permiso paterno; pero hubo un número significativo de casos en los que por aciagas circunstancias fueron evacuados quienes no deberían haber

marchado. Como ocurrió con Nieves Lago Rodríguez. Su historia la cuenta su sobrino Francisco Lago, hijo de Celestino, huérfano de padre y que junto a su hermano ingreso en Las Colonias en julio de 1937. Allí eran visitados semanalmente por su madre desde Ablaña, a la que acompañaban Nieves y un hermanito. La niña se quedó con sus hermanos, por un favor excepcional pues en Las Colonias solo había niños, para pasar unos días hasta que fuera recogida por su madre en la próxima visita. Así pasaría unos días en la playa, jugando y alimentada. Cuando su madre volvió a buscarla, ya no estaba. Había sido evacuada. Cuando pudo volver habían pasado 25 años.

Los niños asturianos evacuados de la guerra. De Salinas a Moscú

Ella salió con la expedición que fue a Rusia. Era la tercera de las cuatro españolas a la URSS. En ellas salieron 2895 niños. La primera partió de Valencia, en marzo de 1937; la segunda de Bilbao, en junio del mismo año. La cuarta de Barcelona, en octubre del 38.

La asturiana había concentrado a sus niños en diversos “orfanatos”, como entonces llamaban a los centros de acogida, distribuidos por Asturias como los gijoneses de Rosario Acuña, Alfredo Coto y Asilo Pola. La operación no se dirigió desde Salinas, pero se responsabilizó de acompañarla un profesional, D. Pablo, quien llevó su compromiso muy lejos.

El prestigio de Las Colonias hacía que siguieran siendo conocidas por este nombre, aunque oficialmente pasaron a integrar la categoría de “orfanato”. En ellos se recogieron hijos de milicianos y otros desamparados, además de muchos otros niños a los que empujaba la guerra o razones varias. La expedición la componían 1092 niños, y partió el 23 de septiembre rumbo a la URSS. Cuántos salieron de Salinas, es difícil de saber, pero el tenaz y minucioso trabajo de D^a Tatiana Velázquez Stavinova y de Luis Fernández Préstamo algún día nos lo dirá con exactitud. Cabal del Cueto en su relato correspondiente al día 3 de septiembre, ve “una treintena” y teniendo en cuenta que el 22 viajan de Salinas a Gijón en un autobús no deberían superar el medio centenar. Para Tatiana V. Stavinova salieron de Salinas 158 niños, puede que estos hayan sido los que pasaron por allí durante la colonia extraordinaria. En cualquier caso, compusieron una parte del contingente de asturianos, al que se añadió una veintena de Santander y menos de León, según acreditan Tatiana V. Stavinova y Luis F. Préstamo.

Aunque D. Pablo intentó cumplir con escrúpulo las determinaciones de la identificación de cada niño, las inquietudes de la guerra, hicieron que no todas las cautelas pudieran ser tomadas, pues en la guerra la fatalidad juega

decisivamente, lo que le quitaba el sueño al bueno de D. Pablo, como el mismo relata con referencia al caso de D. Celestino Fernández-Miranda, cuya familia estaba en el Oviedo cercado y por tanto no podía obtener su consentimiento, resolviéndolo a través de un amigo de la familia, López Mulero, que tenía un hijo en la expedición. Al menos aquí alguien se hizo responsable, no fue así en el caso de D. Roberto Fernández, cuyo padre fue evacuado sin la decisión de los próximos, pues según cuenta su hijo, del mismo nombre, la familia residía en Oviedo, y su abuelo, oyendo rumores de evacuación, saltó el cerco y andando se plantó en Salinas a recogerlo, donde le dijeron que había sido evacuado, no teniendo noticias de su hijo hasta 25 años después, a través de la Cruz Roja Suiza. Lo mismo cuenta D. Armando Valdés y ratifica su hermana Juanita. Nadie pidió permiso a su familia, que había quedado en la zona ocupada por los nacionales, La Argañosa, y fue evacuado con los demás. La casuística debió ser muy variada entre los evacuados, desde los totalmente desamparados, hasta la que se iba con sus amigas a Rusia, como si a Las Colonias se tratara. En cualquier caso, en tan confusos momentos no se perdió la pista a ninguno de los miembros de la expedición.

Crónica del embarque. Lágrimas entre sombras y bombas.

Se programó la concentración en Gijón para salir por mar tres días después de la llegada del buque consignado, de bandera francesa; tiempo suficiente para los preparativos y bastante para que los concentrados aguantarán las penurias de una ciudad casi cercada y llena de refugiados que porfiaban por salir. El barco no llegó el día anunciado, el 3 de septiembre, ni en la fecha siguiente, el 14 ó el 15.

Sin embargo, el 3 de septiembre al oscurecer, sobre las siete de la tarde, una treintena de niños de Las Colonias si llegaron por tranvía a los Jardines de la Reina en Gijón.

Habían venido con dos educadores desde Avilés, en *El Carreño*. Al bajarse, nos dice Cabal el Cueto, formaron ordenadamente y como un pelotón militar se fueron, entonando una canción y marcando el paso, hasta las aulas del colegio gijonés donde se alojarían. Su desfile en formación cerrada, quizás fuera una práctica entrenada durante el año de estancia en Salinas, donde fueron instruidos “severamente” –dice el mismo protagonista-, quien menciona la numeración de los colonos, quienes utilizarían su número como sustituto del nombre de pila, lo que sorprendía a sus compañeros evacuados desde otros centros; así el relator refiere la sorpresa que estos sentían al oír diálogos como éste: - “oye dieciséis, si por

casualidad ves a catorce, dile que...” Testimonio de esto lo dieron chicos como Quique Ruano, Vicente González, José Luis Álvarez, Alfredo Martínez y José García que estuvieron en la casa de Niños nº 9 en Leningrado, donde se les conocía como “los niños de Salinas” y donde hasta 1940 coincidieron con Adolfo Eustaquio Cabal del Cueto, quien relata estas escenas en su libro *Memorias imborrables*.

No ésta la versión que da D. Armando Valdés; si recuerda que tenía un número, como era norma en todos los centros escolares antes y después, pero sus compañeros le llamaban Armando, Mandi o Valdés, y no recuerda un régimen militar en Las Colonias, ni que practicasen instrucción militar, en lo que coincide con Fernández-Miranda

Desde luego la práctica pedagógica de Las Colonias buscaba la educación de los colonos; esto es ampliar íntegramente sus capacidades: físicas, mediante la alimentación y ejercicio al aire libre, y mentales, a través del respeto, el autocontrol y la disciplina en el grupo, por lo que ya en 1895 vemos perfectas formaciones del grupo en la playa camino del baño, pulcramente vestidos con el equipamiento que Junta de Colonias les proporcionaba y con un sentido trascendente, que revela la intención pedagógica de la dirección, para la que el curso era una unidad y la formación, continua, pues todos los momentos se utilizaban para ella. Que, con el avance de la guerra, la llegada de nuevos niños y educadores y, sobre todo, a partir de la puesta en marcha del programa de evacuación, algún contagio de la atmosfera militar se colase podría ser posible, pero no parece que llegase a ser un remedo de colegio militar como nos da a entender el relato de Cabal.

Realmente parece que en medio de tanto dolor e incertidumbre Las Colonias fueron para los niños alimentación y abrigo, diario y seguro, juegos en la playa, natación en la mar, excursiones y clases. Siempre juntos, y protegidos por D. Pablo y su esposa, D^a Enriqueta, que debían sustituir a las figuras de los padres ausentes. Sus compañeros lo eran por compartir el pan, y camaradas por convivir en el pabellón dormitorio. La duración de tan intensa interacción, 14 meses, y el oasis que frente a tanta inclemencia crearon los maestros de Las Colonias, hizo entre los colonos una hermandad a la que siempre fueron fieles, confundiendo su patria con el oasis infantil al que siempre quisieron regresar. Las Colonias, Salinas.

La guerra y las condiciones ambientales, tanto las debidas a la larga estadía en el centro como a la atmósfera social, quizás dieran una apariencia militar al objetivo de formación integral del alumno, en el que la parte física y el trabajo en equipo eran elementos fundamentales. Así la formación para ir

al baño, que vemos en las fotos de 1895, pasó a llamarse instrucción, en la playa. Pero todo, sin perder el ambiente que reflejan las primeras fotos, en las que se percibe la alegría del juego, desnudos en la arena, como si en la imagen se hubiera inspirado Sorolla.

Retornando al primer intento de evacuación, al llegar al colegio tomaron una sopa caliente y patatas hervidas, y se tendieron sobre unas mantas en el duro suelo para pasar la única noche prevista antes de embarcar. Pero no fue una, sino tres, las que allí pasaron. La insostenible situación determinó a los responsables de la expedición a retornar a Salinas, donde al menos dormirían en camas, a la espera del embarque, que podría efectuarse en cualquier momento, por lo que en Las Colonias quedó estacionado un autobús para salir con ellos en el momento preciso. Este se anunció en la mañana del 22 de septiembre, después de que se acordara el embarque en el *Deringuerina*, un mercante de bandera francesa y tripulación china (Fernández Sánchez, 1999); que habiendo entrado en El Musel el día 19, se prestó a suplir el servicio que deberían haber hecho los dos barcos esperados. A mediodía del 22, el autobús salió hacia Gijón; aunque no con todos los colonos, ya que algunos iban a ser recogidos por sus familiares antes del mediodía; de no ser así seguirán a los demás, pues una vez que saliera la expedición D. Pablo Miaja tenía orden de cerrar Las Colonias.

La triste noche del 22 al 23 de septiembre de 1937

Una vez llegados a Gijón se esperó hasta las diez de la noche para trasladar a los niños y educadores al mercante. «Una masa de sombra...La gente afluía sin cesar a los muelles y la riada humana se hacía allí más densa, más fácil presa del nerviosismo, moviéndose desorientada de un lado a otro». En esos confusos momentos embarcaron todos los niños y con ellos D. Pablo y las educadoras, de algunas de la cuales conocemos sus nombres como D^a Libertad Fernández, D^a María Luisa Rodríguez, D^a Agüeda Ruíz Toribios, D^a Olvido Fanjul Camín, y varios hombres, entre los que se encontraba D. José María Arregui, de 27 años, educador en Las Colonias e inválido de guerra. O D. Nicolás Balbuena, maestro de Cangas de Onís, que partió acompañado de su esposa y una hija. Unos volvieron, como D. Pablo Miaja y otro no. Cuenta D. Armando Valdés, que estando en el verano de 1938 en la casa de vacaciones de Artek (Crimea) vino a despedirse de ellos

D. Pablo y su esposa, pues se iban a Méjico. Otros nunca regresaron como D. Nicolás Balbuena, que desapareció en el Gulag; pero todos inculcaron a los niños evacuados el amor a España, su patria, que los “niños de Salinas” recordaban con una sonrisa y con la forma de Las Colonias en Salinas.

El buque se hizo a la mar a las cuatro de la mañana del 23 de septiembre. El joven pasaje fue albergado en la bodega, “sucio y que olía a carbón”, sobre un lecho de pajas y mantas, aunque D. Pablo se ocupó de que los niños de Las Colonias fueran alojados en camarotes (Armando Valdés). El viaje incierto e incómodo para la mayoría afortunadamente resultó breve, 38 horas; si bien varió su destino inicial, Burdeos, para alcanzar Saint Nazaire, a donde llegaron a las seis de la tarde del día 24 de septiembre. Unos cuantos se quedaron allí, por casualidad o reclamados por familiares.

Los más transbordaron al vapor ruso *Cooperatzia*, en el que se dirigieron a Londres, donde una parte embarcó en el *Feliks Dzerhisky*. Ambos partieron con destino a Leningrado, donde llegaron el 4 de octubre, y los evacuados, después de ser pertrechados, fueron instalados en las casas de niños números 8 y 9, situadas en el pueblo de Pushkin, a 25 km de Leningrado. Después los asturianos fueron alojados en Moscú (Tatanski) y en su región (en las casas de ObnisKoie, Yasnaha Poliana, Tarasocka, Ktrasnovidovo y Pravda). Precisamente, en esta última fue maestro durante un año D. Pablo Miaja; siendo su director un colega soviético, nombrado por el Comisariado del Pueblo para la Enseñanza (*Narkompros*), por lo que D. Pablo cumplió su misión como director de la expedición “...hasta el momento de la evacuación a la URSS al frente de la primera expedición de niños asturianos por designación del Gobierno de Asturias y León y por mi aceptado voluntaria y gustosamente”.

Al año siguiente, en 1938, Las Colonias Escolares volvieron a abrir sus puertas para acoger a otros niños asturianos, pues la Universidad de Oviedo, destruida moral y físicamente, siguió sirviendo su encomienda ... Por eso podemos decir que hemos hecho 101 campañas ordinarias y una realmente extraordinaria.

*Con este relato, con el que recordamos el 82 aniversario de su partida
desde Salinas a Moscú,
queremos devolver la emoción que sintieron aquellos millares de niños
españoles,
que amaron a su patria como madre,
aunque para ellos fuera madrastra,
crecieron en la lejanía y nunca la olvidaron.*

Gracias por su lección. Perdón por su pasión. Y reconocimiento a quienes los cuidaron.

La Junta de Colonias Escolares de la Universidad de Oviedo honra con este recuerdo a todos los escolares españoles que, únicamente por serlo, en 1937 pagaron con su infancia el alto precio de una guerra fratricida.

Bibliografía

- Álvarez Morán, Isabel Argentina (2003). *Memorias de una niña de la guerra*. Fundación Municipal de Cultura, Educación y Universidad Popular, Ayuntamiento de Gijón, ISBN:84-87741-69-X
- Cabal del Cueto, Adolfo Eustaquio (2007). *Memorias imborrables*. KRK Ediciones. EAN: 9788483670194
- Fernández-Miranda de Lucas, Pablo. (2019). *Pisaré sus calles nuevamente*. Ediciones GPS, 2019. ISBN: 9788497215893
- Fernández-Miranda de Lucas, Pablo. (2009). *Transcripción de la grabación hecha a Celestino Fernández- Miranda por su hijo en agosto de 2019, origina mecanografiado*.
- Fernández Sánchez, José (1999). *Memorias de un niño de Moscú. Cuando salí de Ablaña*. Editorial Planeta. EAN: 9788408030492.
- *Miaja Fernández, Pablo (1937): "Informe del maestro asturiano Pablo Miaja que organizó la evacuación de los niños desde el puerto de El Musel"*. Original mecanografiado en papel del buque Cooperatzia
- Sánchez Collantes, Sergio. *"Los niños de la guerra que salieron de El Musel"* El Comercio.es <http://canales.elcomercio.es/guerra-civil/articulista3.html>
- Valdés Ordieres, Armando: *"Historia de vida de Armando Valdés Ordieres"*, mecanografiada por su hija Dolores Valdés Vega y reproducida por Residencia de la tercera edad de Laviana. Pola de Laviana.
- Zafra, Enrique; Crego, Rosalía; Heredia, Carmen (1989). *Los niños españoles evacuados a la URSS (1937)*. Ediciones de la Torre. ISBN: 9788486587697

Fermín Rodríguez Gutiérrez

Director

Colonias Escolares Universidad de Oviedo

Salinas, 23 de septiembre de 2019